

CHANGMARIN

FARAGUAL

Y OTROS CUENTOS



FARAGUAL
Y OTROS CUENTOS

Diseño de Portada: Héctor Nuñez

Primera Edición, . . .
Segunda Edición 1978

© Carlos Francisco Changmarín

Impreso en Panamá
Centro de Impresión Educativa.

CHANGMARIN

FARAGUAL

Y OTROS CUENTOS



La presente edición obedece al interés demostrado por la Universidad Nacional de Panamá y las escuelas secundarias del país por los cuentos de Changmarín.

Esta obra ha sido recomendada “como material de consulta para educadores, alumnos de educación media y universitaria”, por el Ministerio de Educación de Panamá.

Se publican aquí cuatro cuentos del libro “Faragual, Segundo premio del Concurso Nacional de Literatura” Ricardo Miró, de 1959; “Seis Madres”, premio nacional de 1947; “El Hombre de Catival”, del libro de relatos de la cárcel: “Mansión de la Bruma” y otros cuentos, para ofrecer una muestra variada de la obra del autor, a través de distintas épocas.

— Los Editores —

INDICE

Página	5	Faraguar
	19	La Vaca
	29	La Tempestad
	39	El Velorio de Nicolás
	49	El Visitante
	63	Seis Madres
	81	El Diario de la Yegua del Alcalde
	95	El Tigre
	107	El Gato
	117	El Hombre de Catival
	123	Galápago en su Concha

Ilustraciones de Raúl Rolando Rodríguez, Herrerabarría
Gisela Quintero y del Autor.

Faragual

A los campesinos del Sur de Soná.

Mes de diciembre ... blancas nubes, cielo azul claro. Al fondo el sol encendido, sumergiéndose en lejanas y ondulantes colinas espolvoreadas de luz. Sobre los potreros inacabables cunde el oro viejo. El panorama ancho de yerbales parece un océano caprichoso de plumas y de moños que se mecen bajo la brisa moribunda, a veces verde ocre, y a veces de un castaño dorado. Cuando el viento cambia un poco y el sol agoniza, entonces la paja florecida se va tornando de color amarillento a rosa vieja. En ese mar de yerbas el ganado pace entretenidamente. Se multiplica el bramido.

Muge dolorosamente el viejo toro y en el horizonte crepuscular responden los terneros, cuyas siluetas graciosas son salpicadas de reflejos cegadores. El vajonal, estremeciéndose, doblga las cuchillas lanceoladas de sus hojas hasta rastrear el suelo.

Cede el azul. El cielo cambia su camisa por una franela roja. Amarillea a trechos. Sombras azafranadas y parduscas caen en las partes quebradas de las pendientes. La luz juega, sin embargo, en los perfiles de los cerros, altiplanos y montículos; como en las



ramas de antiguos macanos y lagartillos. Poco a poco va oscureciendo el potrero inmenso, bajo el suave aleteo de palomas que regresan a sus nidos y la música de millones de grillos veraneros.

Es la faragua florecida de las grandes haciendas de ganado; recortada contra un cielo maravilloso.

Cuando la estación seca avanza, entonces la faragua, reina de las yerbas, deja caer silenciosamente la semilla. Son pequeños y delgados estambres de color oscuro, que se mueven como un pueblo de hormigas. Van cayendo a la pata del matojo. Al mediodía, con el calor, caminan, andan como animaluchos de un lado a otro. Más tarde serán recogidos por los peones, para ser guardados en sacos y regados a su tiempo, en nuevas superficies, donde restallarán y millones de hojas nuevas poblarán las distancias de yerbas y más yerbas que han de servir para el ganado.

La hermosa faragua, bajo el atardecer, no sólo es bella y cadenciosa, sino que tiene un alto poder alimenticio para las vacas. De fácil crecimiento y reproducción, firme y siempre jugosa, se hizo presente e indispensable cuando las praderas de pastos naturales se agotaron.

Los dueños antiguos de la tierra comenzaron a dar parcelas a los campesinos para que las dedicaran al cultivo arrocero, con el compromiso de sembrarlas de faragua una vez que obtuvieran la primera cosecha.

Pero la faragua no sólo es alimenticia, sino temible.

Aquellas rudas manos de los pobres labradores, que echaron la menuda semilla en la tierra, iban, a la vez, cercando fatalmente su existencia de puñales que un día degollarían sus esperanzas humanas. Muy pronto, con el reventar de la semilla, quedaban encercados de potreros. Y la faragua volaba con el viento poblando aquí o allá, mordiendo la buena parcela; castigándola vorazmente; apretando su arcilla; aniquilando su negro humus; succionando su nitrógeno; en fin, devastando, porque allí en donde el faragual hincaba sus raíces, jamás solía levantar otra verdura.

La tarde fenecía.

El ganadero en su auto, junto al corral, ordenaba cosas a los peones y se detenía a mirar la vastedad de yerba salpicada de rayos de sol, meneada dulcemente por la brisa, y sonreía con gran satisfacción. Arrebuados entre la boñiga del ganado y la miseria de las hirsutas cercas, arrinconados por su destino de hambre, los labradores hallaban que el atardecer sobre el faragual era un hondo océano de tragedia y desesperación.

—Faragual perrísimo, que noj arrabatjte er piazo e tortilla e la boca!

La lluvia cayó a fines de abril. No fue más que una ligera “garuita”. Sin embargo, arreció, y luego los goterones sopetearon el suelo negro, recién quemado, y se hincharon las quebradas resecas. Los campesinos prepararon la semilla de arroz; afilaron chuzos de madera, y unos días después sobre la roza común, veinticinco familias sembraron, bajo ardiente sol, los dorados granos. El tiempo tenía cara de ser bueno.

El cielo estaba azul; la tierra, renegrida y suave. Los trabajadores, contentos, chuceaban el terreno; detrás iban las mujeres y los niños echando los granitos. Por la tarde volvería a llover como en días anteriores, y en ese tenor, ya para el mes de septiembre tendrían la primera cosecha.

Detrás de un fárrago de papeles, libros y periódicos, levantó su cara de ganzúa el jefe de tierra.

—¿Qué quieren? - -interrogó secamente.

Los campesinos ataviados con la tradicional “cotona” blanca y los pantalones de dril cñino azul; con los sombreros de “cogollo” en las manos y los mechones de cabellos sobre las arrugadas y pálidas frentes, se miraron entre sí, y después de un rato, el hombre más hecho tomó la palabra.

—Ñiñol, unoj semoj la gente de la Llaná.

—Ah, ya sé ... momento, momento... espérenme un momento — y tarateando un viejo son siguió hurgando expedientes, escrituras, planos, códigos ... se incorporó; pasó a la oficina del gobernador.

El gobernador con una mano se rascaba la panza y utilizaba la otra para trazar una firma analfabeta. Los campesinos, intimidados, estaban como estatuas sobre sus anchas piernas y seguían con la vista temerosa los movimientos nerviosos del administrador de tierras. El viejo oficinista, como una cucaracha, hurgaba aquí y allá. No tenía fin su oficio de enredador de pleitos, de bellaco sempiterno, acostumbrado a poner a un pobre contra otro; cobrar dinero a los dos, para luego entregar el título de la tierra a un tercero. Muy entendido en el negocio de dar escrituras falsas, o transar con ricos terratenientes la forma de incluir diez mil hectáreas en donde figuraban legalmente mil. Con ese método no era de extrañar su menosprecio, a primera vista, hacia la gente paupérrima que le visitaba diariamente. Harto y aburrido de oír quejarse a los desgraciados del campo, los aborrecía, excepto cuando podía extraerles la sangre a trozos, las gallinas, los cerdos, en pago de sus trucos y engaños.

Los trabajadores sabían todo esto y se lo hablaban con los ojos, mientras le miraban ir y venir, cosa de nunca acabar. Pero no se atrevían a preguntar nada ni a solicitar audiencia. Habían llegado muy temprano, tras de caminar horas y horas, pero el funcionario sinvergüenza aún no tenía tiempo para ellos.

Al fin y al cabo, cuando ya se le ocurrió dijo:

—Ah, sí, ustedes son los de la Llanada. Ajá ... para ver ... sí. Pues, miren, aquí ha venido don Julio. ¿Lo conocen?

—Sí señol — respondieron a coro los atemorizados campesinos.

—Bueno distinguidos ciudadanos. Don Julio me trajo estos papeles. Aquí están. Léanlos. - - Extendió una vieja escritura. Los hombres miraron por encima del bulto.

—Tenga la bondad e lejlo ujté, siñol, que uno no sabemoj. Muy bien. No hay necesidad, jóvenes. Se trata de que don Julio quiere que suelten este terreno, pues legalmente le pertenece.

—Siñol — dijo el hombre más hecho - - ejta tierra ej di uno. Ujte mejmo noj certificó jace año, que era tierra libre.

—Je ... je, está bien. Yo dije eso. Pero don Julio dice otra cosa. Luego entonces, muchachos, no sean tontos, busquen un buen abogado ... miren, yo tengo un compadre ...

Los hombres no oyeron las últimas palabras del administrador y salieron de la odiada oficina.

Ya el monte estaba cortado. Pronto iba a llover, pero no había dinero para pagar un abogado por la defensa. Los licenciados, como todo mundo lo sabía, resultaban por lo general, tan pícaros como los administradores de tierra y los terratenientes.

Cuando los hombres llegaron a la “Llaná” pensaban estas cosas. Luego, circularon las noticias. Al son de la cena y el chisporroteo de las brasas se hacían los comentarios. En la choza de aquel hombre más hecho se reunió la mayoría de los trabajadores y cada quien, en su lenguaje primitivo expuso el problema.

Nadie se acostó tranquilo.

Se sabía que don Julio agrandaba sus potreros y que desde hacía mucho tiempo le tenía ganas a los montes de la “Llaná”. Pelear en las oficinas con don Julio era “pelea de tigre con chivo amarrado”.

Estaba acostumbrado a ganar cuanto pleito se presentara. Para dar gusto a esa manía ponía toda la millonaria hacienda. Con tres toretes pagaba a un abogado; con uno más compraba a un administrador de tierras, a un alcaldesillo de distrito. Era dueño de ganado en este y aquel potrero; en la montaña y en los manglares. Vacas montaraces que debían ser cogidas a punta de escopeta.

Don Julio era peleador, porque se había levantado de la nada y realizando los más difíciles y riesgosos oficios. Comenzó de cimarronero. Para eso, tuvo que tener olfato de traficante y bandido. Pero andando el tiempo, se hizo poderoso. Y ahora era rico. Cuando iba en la mula, mascando su tabaco, escupiendo al paso de los campesinos, con la cara coloradota debajo de su sombrero alón, nadie podía atravesarse en su camino sin previa inclinación.

— Buenos días, “Ñopo”.

Con el poder del dinero en sus manos, en la faena política sacaba diputados, apoyaba candidatos a la presidencia; nombraba y quitaba alcaldes; festejaba curas. ¿Qué asunto podía ponerse frente a su ambición que no pudieran sus garras de pícaro de mundo apresar?

Muy al contrario los pobres labradores no poseían otra cosa que el monte recién tumbado, en donde cabrían veinticinco latas de semilla, maíz, frijoles y matojos de yucas, otoes y algunos plátanos.

Era cierto, que los domingos, don Julio y los labradores recibían la misma ceremonia en la iglesia. Ambos pedían a Dios la felicidad. Unos, los campesinos, rogaban para que el administrador de tierras, no les arrebatara el monte ya tumbado, y don Julio oraba para que el administrador sacara de ese mismo monte a los campesinos. A la hora de la limosna, la señorita que portaba el platillo abría sus ojos cuanto podía, cuando don Julio echaba diez pesos de plata, resonando cada uno, con metálico son, en toda la amplia nave. La gente iba contando: uno, dos, tres, cuatro, etc. Don Julio entornaba los ojos, para levantarlos al fin y dirigir una mirada al altar mayor, en cuya parte superior, en una tabla, había pintado un ojo de iris azul, bien abierto y muy grande; el ojo de nuestro Señor, que miraba lo bueno y lo malo.

Los labradores no se quedaban atrás en cuanto a profesión de fe, y entonces al pasar la muchacha el platillo le musitaban por lo bajo: — Niña! — Y la muchacha, un poco admirada del asunto, porque suponía que esos pobres diablos nada podrían dar, extendía dudosa el platillo relleno, como para que los limosneros no fueran a poner un real y sacar un peso. Y entonces los labradores sacaban sucios pañuelos de las faltriqueras, y de los reales que traían para la sal, la manteca y la “medicina” del niño, escogían la pesetita más limpia, más brillante entre sus dedotes ásperos y con devoción la depositaban en el esplendoroso platillo de nuestro Señor.

-- ¡Ave María Purísima!

“El esclavo debe resignarse a su suerte, y al obedecer a su amo, obedece a Dios”.

San Juan Crisóstomo.

Frente a la roza, se espelucaban los potreros. Más allá, el ruin caserío: ranchos fantasmagóricos bajo la luz de una luna cadavérica. Fogones fríos, mesas vacías. Sin embargo, decían algunos hombres, cambiando una gallina, vendiendo un puerquito, podían juntar unos billetes. Y así deseosos de hacer parir la tierra, con el sudor y el dolor, llegaron al pueblo en busca de un abogado honesto, lo cual era como hallar una aguja en un pajar. Aún con la corbata fresca de luchas estudiantiles recién había llegado a la ciudad un joven abogado, lleno de bríos, como la escoba nueva, y sin contaminaciones con los negocios turbios de los ricos del lugar. Uno para los otros se encontraron; realizaron entrevistas; visitas al terreno, discusión en torno a la pobreza de ellos y a la inexperiencia de él, y así hubo el necesario entendimiento para la no pequeña empresa de pleitear con el campeón de los pleitos de la provincia, don Julio.

En tanto se tramitaban las necesarias diligencias, los trabajadores continuaban vigilando su terreno y llevaban noticias al licenciado; y crecían diarias e interminables ilusiones. El abogado cumplía sus tareas a pedir de boca. El negocio subió al Tribunal Superior, y para sorpresa de la provincia entera, y de don Julio, el fallo resultó a favor de los campesinos de la “Llaná”. Lo que venía a ser como cosa hecha del diablo, ya que en la historia republicana, no se había visto que un Tribunal fallara en contra de un rico ganadero. Pero eso fue explicado, y lo supo el abogado, por intereses encontrados con otro ganadero rico, político y de mayor influencia en esos momentos; el cual tenía parientes entre los magistrados del referido tribunal. De la contradicción entre los dos ricos, se valió el joven licenciado y metió la cuña de la “Llaná”, obteniendo así uno de sus primeros triunfos.

La noticia llenó de júbilo a los incrédulos trabajadores.

Dieron gracias a dios y prometieron pagar la otra parte del

dinero al abogado, con la primera cosecha. Consideraron que no había abogado más inteligente en el país, y echaron, como siempre, a volar planes sobre la quema, la siembra y los demás menesteres. Fueron felices alguna vez.

Vino el tiempo de quemar y lo hicieron. Las llamas favorecidas por el viento suave, consumieron los árboles caídos los bejucos y matojos resecos. La quema resultó buena. Hubo poca necesidad del "balseo" posterior. Empezaron a construir la cerca con cuerdas de alambre extraída del mismo monte. Y como se dijo al principio, llegó abril, llovió y la gente procedió a sembrar. Debajo de tanto sudor, calamidad, y esfuerzo muscular, emergía la esperanza de todo hombre sano, que tiene certeza del valor de su trabajo y confía en que ha de triunfar.

Sobre la necesidad de satisfacer el estómago, de cubrir el pellejo con unas yardas de dril y emparapetar el rancho, aparecen ilusiones, amores, inspiraciones, y hasta poesía, que el agricultor, cuando regresa, al anochecer, va improvisando con los últimos lamparazos de la tarde. La roza, el camino, el arroz amarillando, el maíz con la barba violeta que despunta; las muchachas que vienen a dejar comida, o a cosechar hermoseedas con sombreros de cogollo blanco ... todo ello, a pesar de lo simple y primitivo, tiene para el agricultor el sentido de la vida. De allí que tras de la semilla tirada en un hueco humedecido, vayan las esperanzas de días mejores y las ganas de vivir en el mundo. Es una migaja de felicidad en la miseria humana. Sentados en las banquetas rústicas o los tucos, tras de cenar frugalmente, mirando en lontananza, el hombre va imaginando apretados matojos de arroz, abultadas mazorcas de maíz, grandes hojas de otoaes, verdes sandías, tiernos frijoles ... Entonces dan ganas de salomar y hasta de ir a otro caserío, bajo la noche de luna, en pos de las muchachas casaderas.

El tiempo sería bueno, según pronósticos de los viejos labradores. Llovería lo suficiente. Por otro lado, se había derrotado a don Julio, y los comentarios halagaban a los hombres de la "Llaná". En fin la tierra era de ellos.

¿Qué más podían desear?

Dentro de breves días el arroz iba a brotar del suelo.

Primero serían como tiernas agujas verdes, pero ya, al día siguiente desarrollarían como pequeñas matitas. Luego, muy rápidamente aumentarían de tamaño, y lo que fue una mancha negra de tierra quemada se transformaría en una sábana de color verde amarillo, ondulante, llena de rocío, alegre y feliz. Si el tiempo era pródigo en lluvias, pronto las ondulantes colinas se vestirían de un relampagueante verdor, y el aire tomaría ese perfume característico de matas que trasudan oxígeno y vapor de agua; de yerbas recién cortadas, de capullos de maíz nuevo.

Y pasaron algunos días, hasta que, al parecer, todo iba a resultar así. Pero un día ... un día, los hombres más avezados descubrieron algo. Al principio les pareció imposible, pero después pensaron que no era mucha cosa, aunque, al fin, terminaron por comprender en toda su trágica magnitud.

La noticia corrió por el caserío; pasó a los campos vecinos hasta llegar a las más remotas comarcas. No había forma de luchar contra eso. Los trabajadores desesperados quisieron, mediante "juntas", eliminar el peligro. Muy pronto se dieron cuenta que el asunto era total e imposible de vencer, a esas alturas.

—Junaputa!

—Junaputaja, carajo!

A don Julio lo hallaron una semana después, tirado en el camino real. Una sola cuchillada le había sajado la barriga. Los campesinos le esperaron en una revuelta del sendero. Aunque venía acompañado de sus mayores y demás mozos, no tuvo escape. Los labradores le cayeron como fieras. Pero bastó una cuchillada.

Aquel campesino más hecho, el tímido de la oficina de tierras había amolado la tarde anterior su cuchillo de "cocaíta". Lo afiló como una navaja; se bajó los vellos de la muñeca para probar el filo, y pensó que ya estaba bien así.

Don Julio cayó del macho al suelo. Trató de sacar el revólver, pero la cuchillada había sido honda y tajante. Metida con odio tremendo, con odio viejo, colectivo, fue suficiente para sacarle las tripas. La sangre barboteó. Los mozos huyeron. Los agricultores se dispersaron.

El rico de don Julio se estuvo muriendo allí, poco a poco, con las azules vísceras sobre las “cerbulacas” del camino. Un peón regresó entonces; buscó frescas hojas de platano y con el mayor cuidado fue colocando el mondongo del amo, a manera de tamal, en ellas, y empezó con la basta de su camisa a limpiar las tripas de las arenas del suelo. A pesar de la claridad de la mañana, empezaron a llegar moscas de todos los tamaños. Unas moscas verdes y zumbonas pronto depositaron la “queresa”.

—Ay!

El mozo corrió entonces al pueblo.

Don Julio perdió entonces la mitad de su conciencia, y entonces su cerebro empezó a repetir viejas memorias.

Bajaba una vez a la quebrada, cuando su ayudante le gritó: — Don Julio, viene la renta!

—Carajo, muchacho de mierda . . . te dije, ponte allá y mira la vaina que haces! ...

Entonces Don Julio corrió al caballo y, amenazando con un viejo revólver, ordenó al peón para que se quedara en el alambique. El patrón huyó.

— ¡Don Julio ... don Julio!

Llegaron los inspectores y, apuntándole con sus pistolas le gritaron: — “Entrégate perro, o te tiramos”. Entonces el pobre muchacho fue a la cárcel y la zorra escapó del gallinero...

Y de vuelta a su media conciencia, el patrón que se moría, pensaba que el mozo lo había abandonado, que no quería ahora salvarle la vida, y desangrándose caía de nuevo en el sopor y volvió a la pesadilla.

Cuando era ya rico ganadero, llegó una vez a la choza de uno de sus peones. Y sólo estaba la mujer. Llovía. La muchacha era muy hermosa. El patrón se tiró en el camastro y llamó:— “oye, Chenchá” ! —Entonces la tímida mujer entró. El patrón la agarró y la tiró al suelo. En eso llegó el marido y vio la lucha. El patrón se incorporó como un animal y gritó “Carajo, so penájejo, te largas o te tiro”. Avanzó con el arma, y el muchacho fue reculando, hasta abandonar el rancho.

Y desembocando en su semiconciencia, don Julio repelaba los ojos y sentía la muerte deslizarse tripas arriba. Veía entre nieblas la imagen del labrador con su puñal refulgente ... se parecía al marido de Chenchá ... luego millares de cabezas de ganado paciendo entre yerbales fecundos... cientos de mazos de billetes de a cien dólares ... Entre la perspectiva de ese montón de dinero el cura de la iglesia mayor, con sus acólitos, cantando algo incomprensible.

Y sin embargo, el señor se moría. Ni todo el ganado de los famosos potreros, ni los miles de billetes de los bancos, ni los alcaldes, diputados, administradores de tierras, ni el presidente de la república, ni el arzobispo servían en esos lamentables momentos para nada. Aún resollaba vivo, porque tenía más sangre que una vaca. Todavía podía, de vez en cuando comprender lo que le pasaba. Recordaba que los hombres de la “Llaná”, lo habían derribado de su macho y le gritaron: “Junaputa, muérete” ... y le zamparon la cuchilla por la panza.

Le venía la muerte. A un lado su macho roía la yerba espolvoreada al borde del camino y resoplaba. Entonces don Julio veía multiplicarse el tamaño de la figura del macho que tomaba proporciones fantasmales. Se desangraba totalmente. Después se lo comerían los “gallotes”. O sería enterrado con cruz alta y misa de cuerpo presente. De todos los lugares aparecerían parientes conocidos y desconocidos. Pelearían la herencia la misma noche del velorio. Acudirían abogados. Pero don Julio se iría finalmente a la tierra.

“La muerte con pies iguales, mide la choza pajiza y los palacios reales”.

Iriarte.

Bajo el sepulcro, los gusanos darían fin a su humanidad de hombre pícaro y bribón, aunque muy bien considerado entre lo más granado de la “sociedad”. Tal vez, según misas y responsos, iría al cielo, o quizá, como pensaban los trabajadores, a la olla eterna de los infiernos; o simplemente, lo que era peor para su noble familia, se reduciría a polvo oscuro. Pero todavía se estaba acabando allí, en el camino, bajo un enjambre de moscas y bichos. Hombre tan rico, digno para morir en los brazos de una doncella aristocrática, fenecía como un puerco degollado. Se fue desangrando lentamente y se “peló”.

Los campesinos dieron con sus huesos en la cárcel. Allá el hierro oxidado de los barrotes empezó a corroerles el alma para siempre. La lluvia siguió cayendo sobre el monte que un día fue motivo de pleitos, luego de siembra y de esperanza. Aquella vez echaron la semilla en medio de grandes alegrías. Qué podían desear si habían ganado el asunto y tenían tierra para veinticinco familias? Después se pusieron a esperar el nacimiento del arroz, porque seguía lloviendo copiosamente. Ellos, los labradores, que eran buenos, pensaban que el mundo era así. Cifrabán las esperanzas en la cosecha. Pagarían al abogado y todo saldría bien ese año.

Un día sin embargo, los más cuidadosos descubrieron algo, que al principio no les pareció dañino, pero que después fue imposible de parar: entre las matitas de arroz que ya despuntaban fueron apareciendo, como terribles soldados, las bayonetas verdiamarillas de faragua. Cómo pudo haber sido eso, si antes no hubo allí pajonal de ninguna clase? Si aquello era un monte viejo y bien quemado. Algún golpe de viento? No! Porque sobre la extensión de las veinticinco hectáreas crecían cada vez más tupidas, las semillas de la terrible Atila, la faragua...

-Carajo, ejto ej dañu !-

Primero quisieron limpiar, desyerbar; pero a los pocos días, como cosa embrujada, fue creciendo el yerbatal y en poco tiempo lo que fue esperanza, sudor, esfuerzo, lomo, ilusión, poesía, junta colectiva y saloma, se transformó en potrero, en faragual condenado e incontenible.

Y no cabía dudas acerca de la mano criminal.

Una noche— eso aconteció después que los campesinos hubieran sembrado el arroz - una suave noche de abril, los peones de don Julio llegaron a la roza de la “Llaná”, mientras los trabajadores del lugar dormían en sus camastros y soñaban con olorosos arrozales en septiembre ... El patrón, disgustado por el fallo del tribunal, avergonzado por haber perdido prestigio político, pensando en que nadie se iba a burlar de él, envió una brigada de empleados a regar de semilla de paja faragua toda la roza de un lado a otro, sin dejar trechos.

Los vaqueros, bien bebidos de ron, carajeaban, escupían y bajo la luz de una luna ancha diseminaron la semilla con toda la experiencia que dicho trabajo, bajo el mando de don Julio, les había dado.

Fue así, con sus rugosas manos, como habían regado la tierra, ya sembrada por los campesinos, ahora con la poderosa faragua, fabricando millones de pesos y mugidos de ganado para el dulce y buen amo que les pagaba salarios miserables, los sábados, sentado en su fina hamaca de cabuya y chonta.

Cuando los empleados cubrieron las veinticinco hectáreas con la semilla temible de la faragua, treparon en sus caballos y se fueron salomando, seguros de que el mal no podría descubrirse sino cuando ya fuera imposible de parar.

Don Julio, el “ñopo” premiaría con creces esa labor: rodarían las botellas de ron y todo seguiría, al día siguiente, lo mismo:

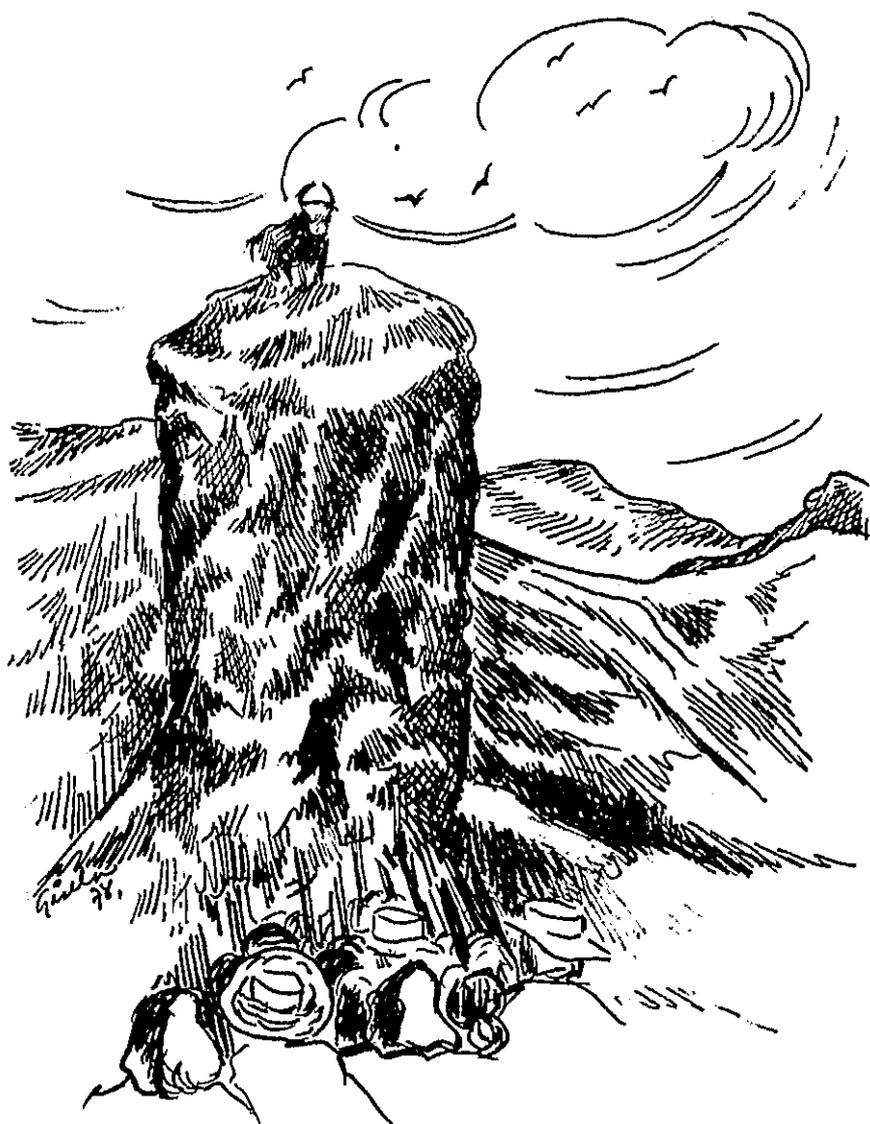
Adelante, la vaca;
atrás, la vaca;
arriba el cielo
dios y la virgen,
Y abajo Don Julio

Santiago de Veraguas, 1959.

La Vaca

El vallecito terminaba a orillas del fresco arroyo. Más arriba ascendía la loma en forma abrupta, entre peñascos y rosados barrancales. Después de la colina seguía una meseta yerma. Desde allí se contemplaba el caserío. Pero la meseta concluía en ondulantes altiplanos y, más adelante se empinaba un cerro, muy particular, que surgía en forma de cilindro entre las demás protuberancias, y encima, colocada en la parte más alta, una piedra enorme, redonda como una totuma de diez metros de diámetro.

Desde todos los contornos y vecinos horizontes se divisaba la roca. Tenía sus leyendas entre la gente del campo: se dijo que nadie había subido hasta allá; que los norteamericanos anduvieron clavando señales por los picos más altos del Istmo, para sus bases militares, pero que no habían podido colocar una bandera suya en la peña del cerro. Se hablaba de duendes, o de antiguos indios que moraban en sus alturas y por lo tanto, los campesinos sentían temor de trepar tan alto. No había necesidad de aventuras.



En las noches de luna, el cerro se plateaba delicadamente y sobre el vallecito caían las sombras fantasmales.

El paisaje estuvo allí, la piedra, mucho tiempo antes de la fundación del caserío, sin otro interés que la belleza monumental y sus pretilos de legendarias y oscuras tradiciones.

Marzo! Los yerbales se tumbaban como en un mar terroso. Las pequeñas quebradas se consumían. Escaseaba el ganado p o r esas regiones, porque los pastos naturales resultaban insuficientes y los campesinos eran realmente pobres. Alguien tenía una o d o s cabezas de largos cuernos y pequeñas ubres. Para esta época la gente empezaba a tumbar los montes que tuvieron algún verdor, ahora derribados y destruidos por el fuego aterraban al ganado. La meseta verde en mayo lluvioso estaba reseca y cuarteada por el sol. Para el verano, las vacas merodeaban por las huertas, o iban al cerro de la peña, porque allá arriba brotaba un límpido manantial que alimentaba a oscuros y quebrados pajonales.

La vaca fue trepando. Allá arriba estaba más fresco el aire. De vez en cuando, con sus lánguidos ojazos echaba una mirada a tierra. Observaba las casitas, como pequeños dados sobre un mantel amarillento. Ya, a esa altura podía advertir que los gallinazos volaban más abajo. Comió... tanteó con las manos. Continuó la subida. Trepaba palpando el terreno; olfateando, afirmando los cascos.

Avanzaba, daba vueltas al cerro por las laderas. Cuando subía una distancia prudente, echaba a un lado la nuca, "jondeaba" una chistosa mirada al valle. Seguía, como un animal puede hacerlo, sin temor a duendes ni a viejos indios; iba la vaca desenredándose de bejuco y ramas de pequeños matojos, se encaramaba cuidadosamente, oliendo la altura, buscando el plan del cerro. El aire celeste atravesaba su negra nariz. Respiraba profundamente y la sangre le palpitaba de largo a largo. La tarde enrollaba su cuerda, y el sol, desovillándose se quitaba el sombrero y pasaba la mano por la frente sudorosa. Trepó y trepó el animal curioso. Desde arriba se veía que el sol enorme tropezaba con todas las

colinas del mundo, hasta perderse en el infinito. Cada colina se abrochaba una camisa de distinto color.. El negro de las "quemadas" tomaba un matiz violeta y se evaporaba en dibujos caprichosos, compitiendo con los encarnados cerros. Abajo, el humito de las "balsas" medio encendidas... los caminitos que llevan a los "trabajaderos" los menudos habitantes que retornan de las duras faenas... los jóvenes vestidos de blanco, con orgullosos sombreros y tiesos garrotillos en las manos, camino a otros caseríos... los animales en la llanada... la pequeña vida bajo el inmenso espectáculo del atardecer.

La vida amaneció casi la misma como ocurre en los pequeños caseríos. Los hombres madrugaron a sus trabajos; las mujeres, al fogón. Nadie notó nada nuevo en derredor. Los pájaros rompieron la madrugada pico a pico. Primero, los "marañoneros" después, a coro las "capisucias", los "arroceros", los perdices, etc. Los hombres amolaron; las mujeres molieron. El día se hizo claro.

La cosa pasó así: el muchacho que andaba correteando por la meseta, de repente miró hacia el cerro, y de súbito se detuvo asombrado. Siguió andando, y ya curioso tornó de nuevo la vista. Se sorprendió más y luego, bajó al valle. Iba tropezando guijarros en su carrera. Perdió el "biombo". Se pasó como un venado. Echó furtivamente otra mirada al cerro. La respiración le castigaba cortantemente la sangre en su naricita. Derramó de su chácara las piedras de pajarear que traía. Y como un cabrillo saltó de roca en roca, de roca en roca, hasta que al fin bajó, y atravesó el llanito.

— Máma... Máma! —gritó—

Cuando la madre supo, llamó a la comadre; la comadre enteró a la vecina, y así se supo la noticia. Pero la cuestión cobró mayor asombro cuando regresaron los trabajadores.

Entonces el llanito se cundió de gentes. Se hicieron los comentarios más diversos y todos mostraban asombro y curiosidad. Sobre la peña, la vaca miraba el paisaje vespertino...

Harta de yerba, había tanteado la redondez de la roca, hizo un

esfuerzo y, al fin, se encaramó; adelantó pasos, y miró el mundo, hacia abajo.

Entonces, hubo quien afirmara que lo que veían, no era vaca, sino el "chivato" mismo, el demonio en forma de vaca o el espíritu de viejos indios.

Algunos hombres se dejaban llevar por las opiniones de las mujeres; pero otros, decían que era simplemente una vaca real que se había subido atrevidamente a la roca. Pretendían identificar el animal. Podría ser de Ño Juan, de Tino, o de Ña Teresa. Mas no pudieron; estaba muy alto.

Las conversaciones vinieron a rondar alrededor de la forma como el animal escaló semejante altura. Jamás ocurrió cosa parecida en el lugar. Había sido imposible para personas y animales. Los hombres no lo habían hecho, por lo peligroso de la subida: chiflones, precipicios, rocas sueltas. Y, porque desde un precipicio, los tatarabuelos aconsejaron que hacerlo era tentar la ira de Dios.

— A como subió tiene que bajar- concluían los vecinos.

La noche borró de un tirón el espectáculo. Y la buena gente se dispersó por el llanito hacia sus ranchos. No se habló de otra cosa que de la vaca. Hubo rezos, rosarios y peticiones, para que aquello no fuera el aviso de cosas peores.

Por la mañana todo el mundo miró hacia el cerro. El animal estaba allá, clavado imperturbablemente. El asunto empezó a inquietar.

— ¡ Diáulo. Si no se apió anoche, maj menoj ahora de día- comentaron.

Cuando llegó el medio día, el sol templó y la vaca comenzó a sentir sed. Pero estaba como detenida en medio de la roca. Entonces hizo el primer intento para apearse. Se dio vuelta y caminó hacia una orilla. Olfateó, probó con las manos, fue orillando, pero el instinto la hizo retroceder con pavor. Sufrió vértigos profundos. La roca, en sus bordes, redondeada como una totuma, no prestaba asidero para que el animal bajara sin dificultad. La subida había sido otra cosa. Se desconocía el peligro. La

bajada anteponía la sensación de altura, de profundidad, de vacío. La cuestión era echar, primero las dos manos, y no poderse agarrar con las patas traseras y ser empujada, entonces por la gravedad, al estrecho borde de la base de la peña y desbarrancarse precipicio abajo.

La vaca lo intuía. Se percataba de la horrible situación. Abajo la gente se veía pequeña como mazorcas de maíz; sintió horror. Retrocedió al centro de la roca y se detuvo allí quieta.

Del caserío, y de todos los rincones se miraba ahora la pobre vaca como una mancha, un punto negro desesperado. Su sombra crecía como una pesadilla. Se supo que faltaba la vaca de Ño Juan.

Alguien propuso subir al cerro y ayudar al animal. La mayoría se negó aduciendo que era exponer vidas y sobre todo, tentar a dios.

Fatalmente la bestia debía sucumbir arriba, sedienta, muerta de hambre, o desprenderse y bajar hecha una masa de huesos y de sangre.

Si hubiera sido en otro sitio, en un farallón cualquiera... Pero acaso por salvar una vaca flaca, se iba a sacrificar a un cristiano... Ese era el asunto. Sobre todo, que si la vaca estaba allí, era, porque el señor así lo había dispuesto. Y por lo tanto eso no estaba mal, ni era cuestión humana oponerse a los designios del todopoderoso. Dios es perfecto, sus obras eternamente son buenas. Esa vaca arriba de semejante angustia era un símbolo divino. Alguien debía pagar su castigo. El castigo haría sufrir a Ño Juan por la comisión de algún pecado inconfesable; o a todo el pueblo, por el olvido de las cosas celestiales Y ese era el fin de la vaca. Podía doler, entristecer y desesperar, más no había que tocar el destino. Más o menos en términos más simples, a esto se reducían los comentarios del caserío y de la gente más sería de las comarcas circunvecinas. Tal opinión se hizo opinión de mayoría. Por lo tanto no quedaba otra cosa a la cual recurrir que reunirse en la noche y rezar unos rosarios. Si dios había mandado el castigo de la vaca, para que la gente comprendiera su pecado capital, entonces los actos de oraciones y ostensibles renunciamientos llenarían el cometido y

luego, el creador ordenaría a la divina providencia lo que habría de ser.

Ya habían pasado dos días y la bestia no se meneaba. Nadie puso en duda la inevitable y terrible muerte. Muchas otras vacas terminaron descaderadas por los picados riscos de los cerros; otras, ahogadas, chupadas de gusanos, abatidas por la morriña. En pueblos más grandes sacrificaban más de seis, diez, cincuenta, ciento de animales diariamente y nadie se dolía por ellos:

“Dios ha dejado el animal para que el hombre coma de su carne”.

Pero ahora no era una vaca cualquiera, ni una muerte común.

La tercera noche fue dolorosa. Las mujeres lloraron y a más de un hombre se le saltaron las lágrimas. La vaca, que había estado silenciosa, comenzó a mugir. Sopló viento y el aire traía al vallecito los angustiosos quejidos de la bestia. Eran bramidos apocalípticos como de trompetas de viejos siglos anunciando el fin de las cosas.

A tal punto dolían los terribles estertores que la gente volvió a insistir que tal vez no había una vaca allá arriba quejándose de la muerte que le venía de todos los puntos, sino que el hecho era, más bien, una ilusión, una apariencia dolorosa. Pero a Ño Juan le faltaba una vaca. Además se percibían los mugidos perdiéndose en el valle, en las colinas.

Luego para mayor desconcierto sucedió que algún novillo desde abajo oyó la agonía de la compañera y empezó, en contrapunto doloroso, a responder con bramidos peores, más hondos y atormentados. Y esa dura noche se pasaron las dos almas bestiales rajeando un rosario en donde cada letanía acuchillaba de pena a la pobre humanidad de campesinos. Pocos lograron dormir, porque sentían ganas de bramar desde lo más recóndito de sus nobles y mansos corazones.

Mañana ... ¡Oh mañana larga! tal vez el animal moriría y entonces la gente dejaría de padecer tanto.

La vaca hizo otro intento. Pero si al principio, llena de fuerzas no había podido bajar, ahora era más difícil. Resbaló y se

detuvo con la nariz sobre la roca. Hizo esfuerzo y se tiró hacia atrás. Fue reculando. Cuando el sol se explayó, la bestia supo de la inminencia de la muerte. Luego empezó a temblar sobre las patas y sintió que se le nublaba la vista. Iba a entregarse al creador; empezaba la muerte a recorrerle los vericuetos de la vida.

Entonces aparecieron los gallinazos. Primero fue el "cacicongo", dominando en el cenit. Daba vueltas en semicírculos, clavó su ojo infalible y descendió como una bala. Al rato acudieron, de todos los rincones del azulado cielo, manchas negras que sacudían sus alas. Olían carne moribunda a siete leguas. Una nube de animaluchos volaba sobre la gemebunda vaca, como una ronda infernal. La pobre no se daba cuenta; había perdido la conciencia.

La lengua era un trozo de trapo seco, no olía, no oía, no defecaba. Entonces la gente, abajo se dio cuenta que, al fin, iba a concluir la agonía. El primer "gallote" cayó, pico los ojos de la criatura y los vació. Bajaron otros, raudos y voraces. La vaca meneaba la cabeza, entregándose a la glotonería de los buitres. Mugía para adentro. Pronto los pajaracos le sacarían las tripas por el trasero. Iba a morir poco a poco mediante voraces e interminables picotazos.

—Si nosotros nos ponemos - dijo un muchacho -. Si nosotros quisiéramos ... si tuviéramos valor -repitió - podríamos subir allá donde está la vaca y salvarla de su martirio.

Los viejos escupieron y se encogieron de hombros. Muy tarde lo habían pensado. Pero el muchacho se plantó en lo dicho.

—Si no tuviéramos miedo, si nos juntáramos todos. Vean, si lleváramos sogas y, hasta escopetas para espantar los gallotes. Todavía llegaríamos a tiempo para bajar la vaca.

—Déjese de eso, niño -, ripostó un viejo.

—Lo que pasa es que aquí no son tan hombres nada ... Y se mueren de miedo por los duendes y las apariciones.

—Niño, no son cosaj e duende ... son cosaj e dios-. Advirtió el viejo.

—Pero si hiciéramos el bien a la vaca ... Si fuéramos los más muchachos y lleváramos coas y tulas para conseguirle agua, podríamos salvarle la vida a la vaca de Ño Juan...

Y entonces a los ruegos del muchacho se unieron ya otras voces. Tímidamente fueron apareciendo las opiniones de las muchachas y hasta de los chiquillos, para quienes todo era realizable. Y se creó otra opinión, la opinión de que todavía se podía hacer algo.

Los jóvenes consiguieron coas, machetes, vasijas y escopetas. Detrás seguían alegremente los chiquillos, y luego las muchachas. Empezaron a escalar rápidamente las colinas. Ganaron la meseta. Se apresuraban.

Al llegar a la base del cerro empezaron a disparar las escopetas, ahuyentar los gallinazos. Las muchachas y los niños no subieron. Los jóvenes, machete en mano, iban por la ladera. Abajo, los viejos miraban la proeza; dudaban.

Con mucha cautela, los delanteros trochaban el cerro y clavaban estacones en los pasos más difíciles. Eran muchos. Todos los jóvenes del lugar. La idea prendió en sus pechos y alumbró sus conciencias; ya habían perdido lo peor, el miedo.

—Vieron, si es puro cuento. Podemos muchachos, si queremos, podemos subir. Y al mismo tiempo gritaban y salomaban para darse más valor.

—Se puede, se puede, muchachos!

La tarde barría el cielo. Se refrescaba el ambiente. Salvo pequeñas incidencias no había acontecido ningún desliz. Todo iba bien. Había que apresurarse; estar en el plan del cerro antes de que se hiciera oscuro. Subían. Miraban hacia abajo.

—No miren para abajo, porque marea.

Hacían uso inteligente de coas, estacas y sogas.

Al fin, los buitres, con la llegada del crepúsculo, tornaban a sus guaridas. La tarde era clara. Abajo, las manchas blancas de la

ropa de la gente iban de un lado a otro. Los viejos subían a la meseta, en donde estaban los niños y las muchachas.

De pronto, bordeando el crepúsculo, el primer muchacho puso las manos en la cima del cerro; no sin dificultad se encaramó. Resolló plenamente y se estuvo quieto. Luego se incorporó, lanzó una mirada a los espacios profundos de las hondonadas y tuvo miedo. Soplaban viento fuerte. Gritó como un héroe antiguo, para darse valor. Empezaron a subir los otros. Al fin, llegaron todos. Entonces allá planearon la ascensión a la roca. Buscaron palos, hicieron escaleras. Pronto, antes de que el sol se echara en su nido, aún con lamparazos de luz en los ribetes de las lomas, los más atrevidos percibieron la fetidez del animal moribundo, cegato, picoteando por todos lados. Tenía la lengua destrozada, las orejas comidas, las costillas modeladas sobre el pellejo. Toda la bestia quieta, lanzando imperceptibles mugidos de muerte incontenible ... ¡Pobre animal!

Los muchachos pernoctaron en el plan del cerro. A la mañana siguiente el animal empezó de nuevo a mover la cabeza. La muerte se iba. Era más fuerte el poder de los jóvenes campesinos, el profundo sentido de humanidad de sus corazones. Nacía una nueva mañana, aunque jamás la vaca pudiera percibirla, porque yacía muda y ciega. Una mañana más pura, de horizontes más dilatados.

Sin esperar a que el sol subiera, los muchachos hallaron modo de empujar la bestia hacia la orilla de la roca, y luego con diversos artificios campesinos pasar el cuerpo exánime a la plataforma del cerro, en donde le hicieron una fresca rancharía para resguardarlo.

Los muchachos nunca se cansaron de contar la historia de la vaca. La forma como día a día bajaban y subían aquel cerro para curar y cuidar la bestia moribunda. El cuento corrió por los caseríos comarcanos.

La vaca, ciega y muda, que ahora anda por allí rumiando el verdor de las huertas, jamás ha querido poner, de nuevo, sus patas en las alturas y deambula sin más ni más que la realidad de sus ojos

rotos para siempre, pero como una bandera viviente, de los arrojados corazones.

Santiago de Veraguas
1959

La Tempestad

Al escritor Carlos Wong

Llardo Marín tirado en el catre, miraba a través de la ventana la claridad del cielo seco.

—Tal vez no llueva nada- se dijo - y venga Flor María. Ella le prometió venir, caso de no llover, a eso de las cinco de la tarde. Qué haría? Se acostaría con la muchacha? Cinco de la tarde; ya eran.

—Si viene, bueno ... ella sabrá ...

Sin embargo, él no sabía, ya que al invitarla a su rancho no lo había hecho con segundas intenciones. Tal vez curiosidad, prueba; por un deseo vago, nada más, cosas del campo, chisterías...

—No está bien que la enamore. No es correcto-repetía mirando la limpidez del cielo, medio reprochándose por pensar tumbar a la vecina, aprovechándose de su coquetería, de su inexperiencia de su naturaleza de mujer. Porque Flor tenía diecisiete años crecido entre arrozales y naranjos, hermosa, incontaminada de los vicios de la ciudad; ella podría pensar, en última instancia, que era muy apropiado el dar curso a su condición de muchacha, en pleno

desarrollo y actuar como había visto que lo hacían las aves, las yeguas: buscar parejas y realizarse.

No obstante las excusas que Llardo se daba, no pasaban de ser para él tímidas reglas de moral cristiana que en ese momento, tirado en el catre, pugnaban con algo que no quería tomarse la molestia en definir. Bueno, quizás quería estrechar sus manos, acariciarle a gusto, prender en su corazón la chispa de un amor clandestino, un arrebato silvestre, hondo, puro.

Por la ventana miraba el cielo, la loma y el caminito. Largo tiempo tenía de pesquisar en el horizonte. Se revolvía en el catre intranquilamente. Regresó de dar unas vueltas por la roza, donde acomodaba los muñecos espantapájaros, ya que las palomas y los "arroceros" sacaban el arroz tirado en la tierra, desde más de veinte días. Luego, aburrido se echó en el catre. Y allí estaba ocioso, mirando por la vereda.

Mientras no lloviera, mientras la sequía apachurrase hasta la yerba y partiera el suelo, Llardo Marín tendría un conflicto en su alma de campesino. En otros lugares los más religiosos hacían rogativas; pagaban al cura para que rezara a dios. Llardo que venía de la capital, con nuevas costumbres no creía ya en eso, pero temía. Detrás de un aguacero estaba el porvenir: arroz y maíz para su madre, que ya vivía en la postrimería de su existencia. Sin embargo, de vez en cuando volteaba las hojas del almanaque "Bristol" que pronosticaba lluvias para muy pronto, y entonces se tranquilizaba pensando que los pronósticos habrían de cumplirse. Y también, porque confiaba en sí mismo; era un agricultor de firmes convicciones y hombre doble para la faena. Cerca de la Capital, en Tocumen tenía a su familia y cultivaba una hortaliza. Pero la madre, siempre "adolenciada" por lo que había dejado en el interior, mandó al muchacho al campo para trabajar el "culaito" de tierra que abandonaron cuando decidieron buscar mejor suerte en la ciudad. Los lugareños oían hablar de buenas tierras, de fincas situadas a orillas de la carretera, cerca del Canal...—Andá y sembralo Llardo, hijo mío.

A todos les causaba "cabanga" la dejación del campo: el viejo

rancho con su caidicio de zinc rojo, los espaveces verdes y enormes, la quebrada bulliciosa, el caminito de tierra roja y lila. Por eso tumbó, quemó. Se hizo de algunos reales; cercó y con los peones echó la semilla más buena. El campo deslucía solitario. Una choza aquí, otra, allá. En la casa donde había mujer, hacía falta el hombre; en donde había varones, no aparecían mujeres. La miseria cundía de rancho en rancho, y hasta la quebrada se había secado bajo el peso de las pezuñas del ganado ajeno y la tala de árboles. Todo en beneficio de la faragua. No muy lejos del rancho de Lardo, sólo la casa de la familia de Flor María guardaba la apariencia de aquellos días mejores, cuando había tierra y torcazas y los hombres aún no bebían el guarapo fermentado. Lardó se casó, tuvo hijos y vió que ya el pedacito de monte suyo no bastaría para los próximos años. Entonces supo que cerca del Canal había tierras; ciertamente ajenas, pero que podrían arrendarse.

—Máma, noj vamoj ... le dijo a la Vieja.

La señora lloró. Ella había parido hijos, creado una familia, hecho una huerta, y ahora tenía que dejar todo para ir a otro sitio, a rehacer una vida, parar otra choza, sembrar la mata de caracucha, el palo de naranjo. Mas todo eso no tendría el mismo gusto, el son del paisaje del campo en donde había nacido. Pero el hijo era otra madera y no tenía corazón para estas lamentaciones. Miraba lejos, sin dolor del pasado. En sus treinta años, ya no tenía tierra para una lata de semilla; cuando llegara a los cuarenta, no habría espacio ni para enterrarse, y por eso siguiendo al hijo la madre se fue.

Lardo volvió al terruño, de paso, para hacerle caso a la Vieja, a sembrar para no perder la posesión; para sacar algunas manotadas de arroz del viejo barro, y algo de frijol, que supiera de verdad a frijol de palo. Pero allí estaba plantada la sequía, como una dictadora, abochornando la semilla, estimulando a los pájaros hambrientos para que devoraran la siembra; aculando a los hombres machos y haciéndolos rezar. Levantaba la negra bandera del hambre, único destino de los campesinos sin tierra. Extendida

anchamente sobre las negras superficies resebradas, la sequía paralizaba la vida humana. Nadie trabajaba. ¿Qué hacer cuando no llueve? Llardo, las cuatro de la tarde, miraba el cielo seco, la loma repelada, el camino polvoriento. Hacía días que el aguacero en ciernes aparecía con negros nubarrones; cambiaba el viento, tronaba, pero se arrepentía. El fantasma de la sequía llamaba al viento norteño, el verano vagabundo y reseco que aún divagaba por la sierra lo llamaba para que arrasara con el montón de nubes negras. El cielo quedaba claro como una risa y los campesinos lloraban para adentro. Cuando de nuevo, "se ponía" el aguacero, los densos y amoratados nubarrones, estremecían de gusto a los campesinos, porque detrás del espejo de su negrura estaba el nacimiento de la semilla salvadora.

—Vengo, si no llueve - dijo Flor.

Llardo vivía solo en su rancho. La semana anterior, cuando Flor regresaba de lavar en el río pasó por la casa y el hombre la llamó. Ella se había quedado después, conversando un largo rato, sin entrar, pero sin ganas de partir. La entretenía conversar con aquel hombre que venía de la Capital, hablaba bien y era simpático. Decir una palabra y hallar respuesta era un gran placer para quien como ella no tenía otro mundo que el rastrojo que la rodeaba, el pozo de agua, el camino tupido de "cerbulacas" muertas, la madrugada, el fogón, los gritos de los vaqueros que arreaban el ganado hacia los corrales de los patrones; el duro golpe del pilón, al medio día.

Con la batea de ropa limpia en la cabeza, frente a la puerta del rancho de Llardo, Flor recién bañada- las gotas de agua-deslizándose de la cabellera, por la espalda- se había quedado allí, medio encantada, conversando riéndose, sin querer irse, pero sin aceptar los requerimientos de Llardo.

—Entrá, niña.

—Je... je ... déjese, de eso, si ya me voy.

Llardo miraba la muchacha de arriba a abajo, desentrañando su belleza, su juventud, sin atreverse a decirle, ni siquiera una

picante frase de amor. Estaba allí y la apreciaba como una mata de rosa, como un arroyo cristalino y puro manando belleza.

La conversación se hizo confidencial y entonces Flor le dijo a Llardo que muy pronto se casaría.

— ¿Y por qué te quieres casar? preguntó el hombre.

— Porque estoy en la edad, pues.—

Pero había otras casaderas y no por eso iban al matrimonio. Existían otras razones. Ya los matrimonios escaseaban por los caseríos.

Aquella tradición de las lechonas asadas, de los dulces, del caballo, se derrumbaba ante el empuje de la miseria y de los cambios operados en las regiones más remotas del país. Otros jóvenes se hacían hombres maduros y no podían casarse, porque no había dónde clavar un horcón.

— ¿De modo que, porque estás en la edad, y eso es todo? - Preguntó Llardo.

— Bueno— respondió simplemente la muchacha— pasa de que mi familia quiere.

— ¿Y tú?

— ¡Ni sé!

¿Cómo que no sabes? O es que te casas con uno a quien no quieres?

— Bueno, sí...

Bueno sí, respondió sonriendo, como si nada. Para ella cualquier camino era mejor que estar en su destaralada choza. No lo quería, era cierto. Lo había encontrado en el mercado del pueblo un domingo. Calladito, detrás de ella anduvo el forastero, en la procesión del Cristo en el burrito. Le hizo cortejos a la familia y después empezó a visitarla. A mirarla desde afuera; ella adentró, él sentado en una banqueta de cedro, hasta que la pidió y se la dieron. Cualquier otro hombre hubiera conseguido lo mismo. La cuestión era variar.

—Máma quiere... él me visita. Si me caso por acá, bueno acá casi “naide” se casa, a lo mejor me va “pior”. Con este señor pueda que me vaya bien ... quién sabe? Uno no sabe ...

El novio parecía su papá, pero para ella la cuestión no era de buen o mal gusto, sino salir del rastrojo, de la choza, del monte agotado. Ir al pueblo y vivir con luz eléctrica y agua del grifo.

Cuando la muchacha siguió el camino con su batea, Llarido, que no había pensado en ella como una mujer de verdad, sino como una chica hermosa, vecina del lugar, sintió, entonces como una contrariedad. Saber que iba a entregarse a un hombre a quien no quería, pero que resolvería su problema de soledad, para bien o para mal ...

—Oye, Flor, ven mañana por acá- le gritó.

—Si no llueve, tal vez - respondió ella picarescamente.

La muchacha siguió su camino. Varias veces tornó el rostro, se sonrió y las ramas de los árboles cubrieron su figura. El cielo estaba ancho y claro. No había señal de agua por ningún lado. Los pájaros “arroceros” se daban gusto con la semilla. Los hombres del campo pensaban otras cosas muy distintas a las ideas de Flor. Querían agua. Sólo agua. En tanto que Llarido se había dado cuenta que ya no sólo quería agua, sino que se le había despertado algo imprevisto por la hermosa campesina que sonrió varias veces y le dijo que vendría, caso de no llover.

Esperando en el catre, mirando por el camino, se daba cuenta que una pequeña tempestad nacía en su corazón. Una tempestad movida por fuerzas contradictorias que no dependían de su voluntad.

—Si llueve, no viene Flor- se decía- Pero yo quiero que llueva, porque necesito que la semilla nazca, que verdée en el terreno negro. Yo he venido a eso.

Sin embargo, aquí emergía el conflicto, porque luego consideraba: bueno, al menos, que no llueva hoy y que mañana se raje el cielo. Pero si viene? Bueno, yo no sé lo que hará si sabe que estoy sólo aquí. Sin embargo, proseguía, puede venir a conversar.

Conversaremos simplemente, por qué habrá de pasar otra cosa?

Llardo quería y no quería. Se atrevería a tumbarla. ¿No era ese deseo lo que estaba en el fondo? Quería tener a Flor en su rancho, muy cerca de sus manos. Pero apartaba la idea y pensaba que eso no era. Era sólo una conversa de gente de campo y nada más. Pero mejor era que lloviera. ¿Hasta cuándo sequía? Se perdería todo el trabajo. El se iba a la Capital, ¿pero el resto de los campesinos? Y a Llardo le dolían esas cosas.

Los nubarrones se ponían de un tono plomizo en el norte. El sur estaba transparente. Así pasaba todos los días y nada más.

—Bueno, tal vez llueve ... pero si llueve, Flor, no vendrá... Y si no es hoy no es nunca, ¡qué vaina!

Llardo pensaba entonces que la muchacha había dicho eso de mentira: que vendría- puros cuentos para burlarse de él. Aquellas risas del día anterior, cuando iba por el caminito, acaso no eran chisterías? Tonto él, pensar que una muchacha campesina iba a atreverse a visitar a un hombre que está solo en un rancho alejado del camino. Qué pazjuato, tirado allí en el catre, con el corazón sobresaltado como el de un mozalbete, con la vista aguada de tanto mirar por el sendero, deseando en su fuero interno que no lloviera, Flor riéndose de su graciosa tiradera.

Era algo tarde, Flor no venía; no iba a venir.

—Vea pues, ¡ cómo me engañó!

El cielo había cambiado en el norte su color plomizo por un intenso azulinegro. Iba a llover.

—“Ombé”, si lloviera ! Si se resbalara un aguacerito!

Pronto verían las hojitas del arroz verdear, allí entre mata y mata sembrarían el maíz. Se cundiría la roza de matojos y matojos. Habría cosecha. Tronó en ese instante y se espesó la tarde.

--Carajo, va a llover!

A lo lejos se oían los gritos de hombres emocionados ante la posible lluvia.

—Ya no viene Flor... pero al menos, va a llover tupido y todo se pondrá verdecito.

Empezó a soplar viento del sur. El mismo viento del diablo engañoso. Otro día había silbado entre las palmas de corozo, entre los espaveces, pero no vino el agua.

—Que llueva! Que no llueva! - peleaba, en el alma de Llardo su tempestad.

El viento loco, de pronto formó un remolino; envolvió el rancho, y haciendo una tromba de millares de hojas secas comenzó a rugir como un condenado. La tarde se oscureció violentamente. El remolino cruzó la huerta, desembocó por una llanada y se perdió entre las negras lomas, por donde los campesinos alborozados seguían gritando, como para desgarrar, con las salomas, las nubes cargadas de goteras.

—Agua! ...Aguaaaaaa! ...

Llardo pensaba en eso: agua para su pedazo de tierra llena de lenguas exhaustas y semillas sepultadas.

Entonces se oyó, a lo lejos, por el norte un murmullo. Venía lamiendo el monte, los yerbatales.

Un ventarrón padre de todos los vientos, los llanos y los valles, amenazaba como verdugo, castigando los ásperos y odiados potreros, porque éstos, en su codicia y ambición se habían tragado el bosque y todo se iba volviendo yermo y duro. El viento torturaba a los árboles; metía miedo a las culebras y a los verdes borriqueros.

Entonces Llardo supo que venía el agua. El viejo higuieron lanzó un rugido estrepitoso de hombre macho; se volteó y empezó a rajarse por el medio; cayó a tierra como un trueno. El espavé cargado de verdes marañones se sacudió, sintió que sus raíces se reventaban y se desplomó. Arriba, mucho más arriba del "barrigón" y de los laureles sacudidos, sonó el trueno y fue corriendo por los pisos del cielo como cien automóviles desenfrenados.

nados. Chispeó. Ya no era necesario mirar por la ventana para ver si venía Flor. El viejo zinc tamborileaba de contento con las goteras, cuyo espesor crecía. Iban cayendo como piedras las gotas. Llarido salió del rancho, se mojó del agua, como todos los agricultores, con aquellas grandes y redondas goteras de la vida. Se desparramaba el cielo. Tronaba aquí y allá. Empezaba a crecer la quebrada. Se desbordaban las zanjas sucias. Iban las brucas alegres del arroyo al río, del río a la lejana mar. Era, al fin el agua, la dulce agua, el agua libre; la todavía no conquistada, la buena para todos.

Oyendo la tempestad, Llarido sentía su corazón satisfecho.

— Es mejor que siga lloviendo, pues así Flor no vendrá. Si escampá será de noche. No saldrá, es imposible que lo haga.

En su corazón la pequeña tempestad de sus sentimientos se aplacaba, ante el torrente de vida que brotaba del caudaloso aguacero. La noche venía huyendo entre los truenos que castigaba su cabellera de rayos encendidos. El viento arreciaba, batiendo todo a su paso. La semilla estaba quieta, mansa, satisfecha en su abrigo cálido de tierra recién mojada. Todo el campo llovía, llovía y llovía.

Llarido se encerró en su rancho. Asomado en la ventana, de vez en cuando, los lampazos de las centellas dibujaban su recio perfil de hombre de campo. La noche es apretada espesamente; su rugido daba miedo. A lo lejos se oía el tronar del río y la caída de viejos árboles.

La tempestad crecía más grande que todas las alturas. Llarido pensaba que era el fin de todas las sequías.

Aumentó la lluvia. Cerró el la ventana. Pero luego el viento tiró la puerta violentamente. El rayo iluminó la entrada y de pronto, em medio de la tempestad y de la noche, entró Flor María.

Santiago de Veraguas
1958

El Velorio de Nicolàs

A Santiago Batista

Cuando Victoriano Lorenzo, a principios de 1900 pasó por estas regiones, Nicolás dejó la guitarra mejoranera y arremangándose el sombrero de junco a la pedrada, terciándose la ruana de ballesta se echó una carabina al hombro, sin saber para dónde iba. Según él, porque un amigo lo obligó y al principio la cuestión no fue de su gusto, pues acostumbrado a vivir bajo la servidumbre de la ñopería conservadora del pueblo vecino, no entendía la guerra civil y le tenía miedo a la muerte.

Con los ojillos azulencos, y su mechón rubio de pelo amontonado en la frente hizo la guerra a su manera. De los días en que servía en las brigadas de caucanos que azotaban las fincas, robando ganado y granos escondidos; de las emboscadas atrevidas en Vueltas Largas y la memoria del fusilamiento de aquel Fidel Murillo en Santa Fé, ya nada le quedaba en los bolsillos de su vida, sino borrones, manchas lejanas, chistes, y hasta pedazos de versos que compuso en un cuartel.

A Nicolás los años le fueron cayendo como machetazos y se abrían en surcos de arrugas y cuarteaban el pellejo de rostro blanquecino, curtido por antiguos soles y tupidos aguaceros.

Encorvado, menudito, sordo y cegato; con la "cotona" raída, el pantalón chingo, remendado, dando traspiés; bajando con dificultad el caminito, con el "coco" de buscar agua en una mano y en la otra, la vara de apoyo, quejándose, aguantando la respiración, acuclillándose a la orilla del pozo, como duende, como abusión; algo que fue, pero ya no era sino una apariencia mirando al borde de la muerte, entonces no se podía creer que este anciano campesino fuese el que un día cantara décimas de amor, zapateara en las noches de San Juan y marchara por llanos y cordilleras, bajo La Comandancia del General de los Cholos, en la guerra de los Mil Días.

Pero allí estaban los higuerones, la curva del camino, el cauce de la quebrada, el barranco rosado, la loma, la estaca de macano que podían atestiguar su valor de aquellos años, su voz de oro, su guitarra de cedro y caracol. Sin embargo, todo cambia, pocas cosas de antes quedan, porque se fueron acabando al mismo son. Vinieron los alambres de los ricos del pueblo a recortar la tierra y a llenar el mundo de bramidos de toros iracundos. De poco le valió servir y hacer la guerra con los pobres!

Llegó un día oscuro, pesado como un árbol, lento caluroso y los ojillos del viejo Nicolásito se fueron apagando.

—Compadre - le dijo a su amigo José Fele - yo me voy a sen un viaje ¿oyó? Compa y usted se queda solitico sin su compadre, ¿ya oyó?

Y así fue.

—Cuando ya me muera, ¿ya oyó? Cuando pele el bollo ... pa esa ocasión; amigo me ponen la mua e ropa que dejó la dijunta, y la punta e cruj que me dio Bitoriano.

Y así fue.

Ya la muerte venía bajando la loma, por la curva azulita del camino y aún el guerrillero Nicolás conversaba en su mundo de

silencio, sin sonido ni colores, consigo mismo, con su compadre, con las piedras del patio de la huerta ya sin puercos, ni gallinas, ni nada.

Y así fue.

—Compadre, tréigame la guitarra pa tocar un son por veinticinco!

Entonces se acostó de medio lado y se murió.

Allí quedó inerte, pálido, esmirriado, empequeñecido, envuelto en harapos. Ese día era una clara mañana, todo estaba quieto en derredor. El sol, arriba, sin nubes salomaba y le “japiaba” a la tierra. Nicolásito, ya manso para siempre. Alrededor suyo el montón de vecinos somnolientos, tristes, arrepentidos. El compadre José Fele, tartamudeando un llantito. Nadie dijo nada, esperaban la muerte. Sabían que el viejo no pasaría de allí.

Primero fue la juventud: tumbó monte, quemó, sembró. Vinieron las cosechas. En eso, la guerra; conoció a Victoriano Lorenzo. Después, el andar escondido porque anduvo con los cholos. Al fin el amor, la guitarra, los hijos. Vivió siempre explotado como todos los de su clase. A menudo recordaba a Victoriano, y se quejaba de los conservadores y de los propios liberales que -traición por medio - lo llevaron al paredón, un 15 de mayo, para satisfacer las exigencias de los yanquis; para que hicieran el Canal. Los “ñopos” no conocían otra cosa que la traición. Nicolás conoció la lealtad a Victoriano, y después se halló, muchas veces, frente a la miseria y al hambre, porque, con la República vinieron, entonces los potreros y las vacas ajenas, y las muchachas lindas de los campos se fueron a las ciudades en busca de una vida mejor.

Así vino el tiempo tropezando y tropezando y todo se hizo estrechito: la tierra, la quebrada, el arrozal, la sonrisa. Día a día se fue volviendo viejo, pues conocía el mundo desde el mil ochocientos cuando pertenecíamos a Colombia. Con presidentes liberales y conservadores, todos del mismo tronco, de la misma clase. Vino la vida nueva: carreteras, escuelas, oficinas, impuestos, elecciones, persecuciones, automóviles, aviones, cercas y gringos.

Sin embargo, él mantenía la reciedumbre en su pecho, la dulzura en sus labios. Pero más pudo el tiempo y el corazón que se gasta.

Andando, y andando, un día llegó en que se vio sentado en un tuco de balso, sin poder andar, porque se había apagado el equilibrio en sus orejas, y empezaba a esfumarse la luz de sus ojos. Entonces se dio cuenta lo duro que había sido el tiempo... Su huerta, su hermosa huerta; morados otores, verdes plátanos, rosadas yucas, rojos tomates, delgados cañaverales ... ahora, nada! Todo caía a ras del suelo, como pavesa. Primero fue la difunta mujer. La llevaron por el camino real, al pueblo y no vino más. Dejó los palos de caracuchas lilas que florecían para la semana santa ¡qué flores para tan lindos ramos! A la hija mayor le entró la calentura, se pintó la boca y dijo: ~Pápa; me voy! y se fue. Se juntó con un hombre de afuera y tuvo varios hijos. Un día volvió y dejó la cría, para luego partir definitivamente a la ciudad. El viejo se quedó con los nietos. Ellos empezaron a crecer lentamente entre boñiga de lechones y lombrices. Los muchachos no fueron sanos, porque venían tarados desde la barriga de la pobre madre, "perchona" ella, como toda su familia. Y no fueron a la escuela, porque no había maestros. Anselmo, el mayor no hubiera aprendido nunca; era el tonto de la casa, pero mogo de gran corazón. Se arrastraba entre rastrojo y rastrojo, pegando la vista mediocre hacia las ramas, buscando un gancho, un huesito de matillo para vender leña en el pueblo. Había que buscar el real para el café; traer el pan para el viejo abuelo. En esta forma anduvo siempre sucio, desgarrado, oscuro, corvo, lento, vacilante, como llorando para adentro; buey herido, perro flaco, pero no obstante, llevando diariamente la leña, las hojas de chumico, los tomates para conseguir el "piacito e cajne", el "miguito" de arroz, el poquito "corosín" para prender una mecha en la oscura noche del campo desflecado y sin contornos.

Los otros muchachos no eran más aventajados, aunque algo más despiertos. Como vinieron los días sin "maj" ni arroz, sin potrero donde asalariar; los días blancos, pegaron a tomar guarapo.

Entonces, en la choza, en un rincón siempre hubo una vieja tula guarapera donde "la conga" putrefacta marcaba el ritmo a la existencia. El "bujo" sustituyó la vianda. Los pobres muchachos se atarantaron más. No vieron el camino claro, porque nacieron tontos y el guarapo con su mano pegajosa los llevó a la muerte diaria, a la inanición, a la pereza, a la brutalidad.

El rancho fue, poco a poco, cediendo a las fuertes brisas del verano o a las blandas lluvias de septiembre, se descarnaba. No había una mano para ponerle parche. En las noches, cuando llovía, las estrellas mojadas se acurrucaban en el pecho del viejo, y Anselmo rezaba Padre Nuestros cuando caían los truenos. Los otros, hundidos en el mar de la guarapera madre gritaban palabrotas y se santiguaban.

Así trotaba la vida en la miserable tierra cuando, al fin se murió Nicolasito. El mogo Anselmo se puso a llorar, pero no pudo, no sabía llorar, no había llorado nunca. Sus hermanos se alegraron, porque al fin y al cabo el viejo se pelaba y así no había que atenderle a toda hora, haciéndole orinar, defecar; limpiándole y dándole la comida en la boca, cuando había algún , caldito, o sufriendo al verle pedir, cuando nada había en las frías y sucias ollas.

—Jo ¡ se arregló táta! —dijo un nieto, cuando el prócer murió y se tendió de medio lado. A esa hora todos estaban borrachos, menos las mujeres y el mogo Anselmo. Entonces fueron de a prisa, a noticiar a Chente Marín, el rezador. Buscaron más guarapo. El sol subía, como si nadie se hubiera muerto.

Como el viejo se venía muriendo hacia una semana, de los apartados ranchitos llegaron vecinos y vecinas, y hasta gentes de otras comisiones lejanas. Eran los viejos amigos. Unos aportaban café, otros, raspadura, y algunos, tabaco. Pagaban el peón. Se trataba de ayudar a bien morir, para eso era la vecindad. Pasaron allí todas las noches, para que el viejecito no se muriera solo y que no sintiera miedo de la muerte, aunque Nicolás se burlaba de la "dientúa" y a menudo la llamaba así, como a una puerca vieja y mala: —"Brr, chanchita, brrr... puerquita venga... Así la llamaba, no porque sintiera que carecía de fuerzas para continuar viviendo

unos años más, sino, porque sabía que no encontraría comida para calentar la olla: arroz y maíz. La hija no volvió más al campo. Ya no había ni leña para que el mogo Anselmo consiguiera el “piacito e cajne”. Los muchachos no hallaban peladeros donde sembrar, ni salarios que ganar. Comían de vez en cuando en la semana. Al llegar esa hora, Nicolás cogió una totuma, echó unos granos de arena y empezó a llamar a la muerte, como a una puerca hocicona, a quien no asustan ni alambres ni argollas de metal.

En esa larga agonía, los vecinos, todas las tardes, después de las faenas, venían al rancho de Nicolás. Con el sudor hediondo a ganado y rastrojo, con el guarapo en la cabeza, se tiraban por el suelo, se acomodaban en tucos, y raíces de los árboles y empezaban a decir las cosas más absurdas de la vida, a hacer los comentarios más simples; los chistes sucios, las palabras vulgares y las risotadas. Y entre hablar y hablar, desgranaban frijoles de palo, y así pasaban la noche. Amanecían echados en el suelo. El fogón de la choza, apagado, las muchachas acurrucadas entre los troncos de viejos mangos; Anselmo, encendiendo el fogón; el viejito respirando corto, llamando a la muerte, hasta el día en que, al fin, se quedó frío.

Cuando vino el rezador, todos estaban jumados y hablaban tonterías. Nadie lloraba. Entonces el compadre Pablo Hidalgo, curandero, partero y hombre de bien, con una botella de seco en la mano, dijo casi gritado:

—Bueno, esto es muerto cadáver o es perro?

Y la gente se quedó perpleja.

—Digo, ¿si esto es muerto cadáver o es perro? ...Porque si es que no van a llorar no doy un trago más!

—Qué deciis voj, Cristobalina, lloramos o no lloramos -dijo una vecina.

—Gueno puej, pegue ujte alantre...

—Ay ... tan gueno quera ño Nicolásito.. ¡ay...ay!

—Ajá - dijo Pablo Hidalgo - ahora sí se entona la cuestión.

Después vino un “mestro” carpintero y empezaron el ataúd. *Recogieron de los magros bolsillos los últimos reales. Prepararon la comitiva y se fueron al pueblo a darle cristiana sepultura, pero tuvieron una demora con el cura que se opuso obstinadamente a rezarle al muerto cadáver, si los campesinos insistían en cumplir el deseo del difunto de ser enterrado con la punta de cruz que le dejó “Bitoriano”.*

— ¡Esas son herejías! ¡Victoriano Lorenzo fue un bandolero!

Cuando el entierro llegó al pueblo, nadie le puso mayor atención; era uno más. Un campesino que se pasó la vida trayendo tomates, encarbonándose las manos en el rastrojo; uno que sudó, trabajó al fin; ¿eso qué vale? Se murió y ya... las campañas sonaron con indiferencia. El cura le echó su oración más barata, disgustado por la cruceta de “Bitoriano”. Nada cambio la faz del mundo; las cajas de música siguieron su resonante sonos. Las gentes, por las calles... si hubiera sido un rico estarían compungidas; el municipio habría decretado duelo oficial y una cruz alta iría entonces, presidiendo la procesión. Pero éste era sólo un prócer de arcilla, un militar de bejuco, un irregular, y el bejuco no brilla como el oro de los terratenientes.

Los campesinos con su muerto pasaron el cementerio. Pocos sabían que allí, adentro del rústico cajón iba un poeta que conoció a Victoriano Lorenzo; cantó décimas de amor y labró la tierra dura. Nadie pensó que sus manos hacendosas hicieron posible la existencia de los ociosos ricos del pueblo que hoy miraban displicentes la madeja de agricultores, sin preguntar siquiera “quién murió”. Después del entierro y las apagadas lamentaciones los campesinos regresaron al campo. Algunos se quedaron en las cantinas gastando un realito o pidiendo el trago, para luego caer, boca abajo en el piso, babeando el cemento con la lengua, orinándose en los pantalones, burdos, animalizados. Los demás se volvieron entre conformes y tristonos; algunos, “tipliando”, salomando, con el guarapo en las orejas traslúcidas; en los reventados pechos, y en la sangre aguada.

Al llegar se recogieron alrededor del ranchito. Anselmo los recibió dándose golpes en el pecho: Aquí - clamaba - aquí, y se aporreaba el corazón.

Una totuma de guarapo llena el estómago y el campesino puede seguir trabajando sin la necesidad de comer. Otra, emborracha. La vida pasa. No hay un pedazo de tierra libre, buena; ni el bocado caliente a la hora del almuerzo de los señores ricos, los dueños, amos y patrones. Pero el guarapo casi no cuesta nada. Una botella de miel, y ya hay bastante bebida, en pocas horas. Por eso trajeron más; ya Nicolás se había ido en el viaje eterno.

Llegó la noche, traía una luna rojiza, por encima de los coposos mangos. La gente regresaba. Las mujeres, que no fueron al entierro, preguntaban sobre la cosa. Se fue tupiendo de vecinos, el patio. Tal como llegaban se tendían en la tierra. Algunos, ya roncaban, los niños comenzaron sus juegos. El rezador llegó y se tumbó, como los demás, en el suelo. Alguien trajo un motete con gandules y las mujeres empezaron a repartirlos de grupo en grupo, para desgranarlos. Conversaban apagadamente. Se hablaba de la muerte, de las últimas palabras del finado, de la tristeza de Anselmo. Los muchachos hacían picardías a las muchachas. Ellas mostraban sus trajes rotos en alguna parte, porque no tenían vestidos buenos, sino para ciertas fiestas. Los hombres estaban en pecho de camisa. Llegó la hora de empezar el rezo. Mano Chente, el rezador estaba dormido.

—Paren a Mano Chente!

—Mano Chente, carajo, alevántese!

Mano Chente dormía la borrachera. No había medio de levantarlo, porque se volvía a tender. Los rezos demoraban. El alma de Nicolás estaba rondando la casa; bajaba en busca de agua al pozo; o se acomodaba en su tuco de madera, y mascaba su viejo tabaco. Así la entreveía José Fele entre la “fiblinera” del guarapo.

—Compá, se va er compita pal viaje, ¿ya oyó?

— ¡Ay, santísimo!

—Ombé, paren a Mano Chente, que se jace noche.

—Ño Chente ¡ párese!

Al fin, Ño Chente se fue incorporando, como si tuviera un tronco en la nuca; movió los párpados y entrevió la muchedumbre.

—Ejto, perdonen señorej! — dijo el viejo rezador y lo ayudaron a incorporarse del todo. La gente comenzó a reunirse alrededor. Empezaba oficialmente el rezo. Ño Chente se acomodó como pudo, sacó el renegrado rosario y empezó:

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida - respondieron en coro los demás.

El alma del viejo vino al borde del camastro descolgó la guitarra mejoranera y empezó a charrasquear el conocido socavón por veinticinco...

“Yo le quiero preguntar
a los sabios más profundos:
¿los que se van de este mundo
a dónde van a parar”?

—Oh María dulcísima, consuelo e laj armaj ... Ejte pagre nuestro y diej avermaríajate ofricemoj ar gozo que tuvijte, cuando saludá der ángele, anunció la encajnación der hijo e dioj en tuj entrañaj...

El alma del difunto bajó al pozo, hundió la guitarra y dijo:

—¿“Ya pa qué”?

—Hijo e dioj en tuj entrañaj, por él te suplicamoj, que er arma e nuejtro hermano Nicolaj, y laj emaj der purgatorio...

El alma del finado, tomó la punta é cruz de “Bitoriano”, se fue a la quebrada y se hundió en el charco azul. La luna empezó a alumbrar su martirio, aguas abajo, mientras los capachos cantaban...

El mogo Anselmo pelaba los ojos a la luna. El rezador se quedó callado, por un instante, como buscando en las cuentas del rosario la frase siguiente; luego se pasó la mano por la boca sudorosa y bostezó:—“muchacho — dijo — tréigame argo maj e “bujo”—

Le trajeron una totuma rebosante. La alcanzó, limpió la espuma, la llevó a la boca y fue tragando, mientras entre los bordes de los labios chorreaban hilillos del burbujante líquido color de ámbar. El hombre devolvió la totuma, se limpió con la manga de la camisa. Tomó de nuevo el rosario en su acostumbrada actitud de santón campesino. Entornó hacia la luna los ojillos azulencos:

—Ave María purísima - dijo y cayó de súbito al suelo, borracho definitivamente.

Los Leones, Santiago, 1959.